

Los soldados del capitán de Lannoy fueron reforzados con una nueva compañía para que pudiesen replegarse. Magníficos y serenos ante el peligro, hacían blanco de sus carabinas á nuestros jefes y oficiales.

El general Régules estaba al frente de sus fuerzas: su corcel alazán cayó acribillado por las balas. En el acto montó en el de refresco que tenía de mano su asistente, y el noble animal recibió en aquel momento una bala de cañón que le dejó muerto. Entonces el general ocupó el caballo de uno de sus oficiales, y siguió dictando órdenes.

Las dos compañías de belgas se reconcentraron en el atrio, dejando en el lugar del combate el cuerpo inanimado del valiente capitán de Lannoy, que aún tenía el sable en su mano crispada. Estaba rodeado de cadáveres de los suyos.

Encerrados ya los belgas dentro de sus parapetos, el ataque cambió de sistema. Se reforzaron los tiradores de la torre que hacían un fuego graneado. El resto, á través de las aspilleras de la fortificación, sostenía también un fuego nutrido. Heridos por aquellos disparos certeros, nuestros soldados caían como cañas abatidas por el huracán. El cañón del enemigo, perfectamente apuntado, enfilaba á nuestros hombres desplegados sobre las aceras y que, por su parte, no dejaban descansar el fusil.

En este asalto, el teniente coronel Villada recibió una herida en la cabeza, lo que no le impidió seguir combatiendo.¹ No debo omitir un interesante episodio, cuya oportunidad me parece del momento.

Se hallaba junto á Villada un joven pálido y endeble, á consecuencia de las calenturas intermitentes que sufría; pero, animoso y respirando cólera, no cesaba de descargar su fusil sobre el enemigo. Aquel joven se llamaba Rosendo, y era hijo del Lic. D. Agustín Jáuregui, una de las víctimas inocentes sacrificadas por la Reacción en Tacubaya, el 11 de Abril de 1859. El joven oficial estaba recién incorporado al ejército republicano, en donde aún no tenía colocación; pero en aquel día del ataque á Tacámbaro suplicó á Villada que le permitiese ir á su lado.

¹ Villada fué ascendido por su comportamiento al empleo de coronel en Tacámbaro.

—Hoy es—le decía—el aniversario del fusilamiento de mi padre: quiero vengarle!

Villada no tuvo qué replicar á esta justa demanda. Jáuregui se batió denodadamente, hasta que cayó herido de muerte.

Tres horas duraba ya la tremenda lucha: los belgas parecían invencibles; nuestros cañones no habían logrado abrir una brecha en los duros parapetos. El general Régules mandó entonces al coronel Robredo que se apoderase de la casa contigua á la parroquia, desde donde una fuerza enemiga hacía un fuego vivísimo cruzado con el del reducto principal.

Robredo dió el asalto. Los de la casa la disputaron con obstinado valor. Robredo el primero, al avanzar, gritaba á sus soldados:

—Adentro, los de Zitácuaro! ¡Los que no saben volver la espalda al enemigo!

—Adentro! contestó la tropa: ¡Viva el coronel Robredo! ¡Viva Zitácuaro!

“Una descarga cerrada contestó á estos gritos, y Robredo cayó atravesado de dos balazos: uno de los suyos lo arrebató en sus brazos y lo sacó del combate. Un cuarto de hora después, Luis Robredo no existía.”

—A vengar al coronel, exclamó Bernal, ocupando el puesto de Robredo.

La tropa contestó con un rugido de rabia, las puertas de la casa cayeron, y los *chinacos* quedaron dueños del punto.

Luis Robredo era originario de Nopala, Estado de Hidalgo: él, Romero y Bernal, fueron los jefes de mayor confianza para Riva Palacio, á quien siempre acompañaron, desde las primeras campañas de Zitácuaro.

Entretanto nuestra artillería funcionaba sobre los parapetos de los belgas: sus disparos eran eficaces, como que estaban dirigidos por aquellos tan valientes como tan instruídos artilleros, León, Zavala, Pineda y Cortés que en servicio de Michoacán habían hecho tantas campañas, los dos primeros desde la guerra contra los americanos y los últimos desde la revolución de Ayutla.

En el instante que creyó oportuno el general, ordenó un nuevo asalto sobre el atrio. Se oyó el unísono fuego de la fu-

silería; las columnas, á paso de carga, se precipitaron sobre las trincheras; el ataque se empeñó reñidísimo. La plaza estaba llena de humo denso, pesado, obscuro: de cuando en cuando algunos rayos del sol se reflejaban en las bayonetas, produciendo un brillo intermitente y siniestro.

Nuestros soldados luchaban como leones; los belgas se defendían como águilas heridas.

De repente surgió de los parapetos una bandera blanca. Los clarines tocaron parlamento. Cesó el fuego en toda la línea del combate.

En medio de aquel silencio momentáneo y solemne, parecía como que bajaba á la tierra el ángel de la paz.

No quiero ser yo quien refiera lo que pasó en seguida. Oigamos al escritor belga:

“Decididamente ya no teníamos esperanza de salvar de aquel avispero: fué preciso parlamentar.

“Se enarboló la bandera blanca en el extremo de una carabina

“Del lado del enemigo cesó completamente el fuego.

“Un jinete *chinaco* llegó á galope frente á la fachada, sin duda para escuchar nuestras condiciones de capitulación, cuando de nuestro lado pasó alguna cosa de una estupidez imprudente se rompió el fuego sobre el parlamentario!

“Declaro que este acto insensato fué cometido por algunos de nuestros camaradas, soldados bisoños que no conocían absolutamente las leyes de la guerra, ni las prácticas internacionales que rigen la exhibición de una bandera blanca, ni la significación que esto tiene.

“Pero la fatal imprudencia estaba realizada, y el jinete indio, que dichosamente salió ileso de la descarga, no se detuvo á pedir explicaciones. Arrendó su caballo con un movimiento furioso y fué á decir á los suyos la manera con que los belgas observaban los usos de la guerra en materia de rendición.”

Debo rectificar en ciertos puntos la versión del escritor belga. No faltó uno de los prisioneros que en aquel día cayeron en poder de nuestra tropa, que, por temor ó por simple delación, manifestase que la orden de romper el fuego, al estar izada la bandera blanca, había procedido del doctor Lejeune. El general Régules no envió á ningún parlamentario á tratar con los belgas. El coronel Jesús Gómez lo hizo sin misión especial. Lo que de parte de nuestras tropas pasó, fué que nuestros soldados más avanzados, á inmediaciones del foso, llenos de confianza al ver la bandera; se levantaron, pues estaban pecho á tierra, y al verificarlo fué cuando el enemigo rompió el fuego, siendo de advertir que las bandas de los republicanos tocaban la aceptación del parlamento. Más de treinta de nuestros soldados cayeron muertos ó heridos á consecuencia de aquella felonía.

Un grito de furor y de venganza salió de las filas de nuestro Ejército!

El parque estaba ya casi agotado, y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un solo movimiento y treparon sobre los parapetos. Villada por el frente, Cáceres por el costado derecho, por el izquierdo Méndez Olivares, y por la espalda de la parroquia el comandante Pablo Jiménez. No se escuchaba más que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte; el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcían por todos los ámbitos de la ciudad.

En aquel solemne instante, del techo de una casa contigua se vió surgir, elevándose al cielo, una inmensa llamarada desprendida de una nube de humo. Era la casa del comandante de batallón D. Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se trasmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unánime de los asaltantes y de los sitiados acogió, con entusiasmo por los unos, y con terror por los otros, aquel acto de una sublime abnegación.

El ejemplo fué seguido. El valiente Jesús Villanueva, comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de bayoneta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envuelto en la lluvia de proyectiles puso fue-

go á la puerta de la parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo á palmo con los belgas: unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

“Los cañones vomitaban metralla, dice el escritor belga; metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio crujía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía! Yo oí todo esto! Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaba hasta nosotros á pesar del inmenso ruido del combate. Oh! todo esto era espantoso! Hubo un momento en que creí que todos íbamos á volvernos locos de terror, de rabia impotente.....”

En aquella hora se vió algo que es horroroso, inaudito; que parece imposible.

La esposa del general Régules y sus tres hijos fueron colocados por los belgas sobre la trinchera, á la vista y en medio del fuego de los republicanos.....

¿Era aquello una infamia? ¿ó sencillamente una cobardía?

El rostro de Régules se puso intensamente pálido..... Sus labios lanzaron una imprecación espantosa y gritó:

—Adentro.....

Ya no eran simplemente gritos de indignación los que salían del pecho de los chinacos. Eran alaridos de salvajes, era el rugir de la venganza, la maldición del exterminio!

Un hombre entre los asaltantes se desprendió de las filas y se adelantó hasta el parapeto: era un artesano de la ciudad, el sordo Molina. Llegó al muro, brincó sobre él y ayudó á la madre heroína y martir á bajar á sus hijos y á descender ella misma. Las balas respetaron aquel sublime grupo. ¡Lo cubría la égida de la Providencia!

Se dió el último asalto. Los soldados trepaban como tigres sobre las fortificaciones y peleaban haciendo uso de los fusi-

les como si fueran *macanas*. La muerte, impía y satisfecha, contemplaba aquel cuadro de espanto y desolación!

El incendio, mientras, se había enseñoreado del edificio. Los belgas se replegaron al interior de la sacristía, á donde aún no habían llegado las llamas: quedaban todavía poco menos de trescientos hombres, decididos á vender caras sus vidas.

Por un momento reinó un profundo silencio.

“Repentinamente, dice Mr. Loomans, imprevisto como una visión, un hombre á caballo apareció en medio del humo, entre los escombros convertidos en brasas: audaz, pero tranquilo, penetró en la sacristía, en donde nos hallábamos, dispuestos todos á disparar sobre cualquiera que se presentase.

“Este hombre, este jinete envuelto en un sarape de un color rojo escarlata, tenía un aspecto varonil, enérgico, y en aquel momento estaba imponente.....!

“Era el general Régules!

“Llevaba la espada inclinada hacia el suelo y el sombrero en la mano. ¿Cómo no recibió en aquel acto diez golpes de bayoneta? Es cosa que aún hoy día me pregunto.....

“En voz alta y vibrante, nos dijo:

—“Seamos todos amigos..... viva la libertad!

“Dimos un paso hacia adelante, volteando culatas arriba en señal de que cesaban las hostilidades.

“Pero el teniente Walton, que estaba más próximo á la puerta y que en casos como éste, era extremadamente desconfiado, detuvo nuestro movimiento, gritando:

—“Atención! No hay que rendirse, este es un ardid de guerra!

“Y exasperado, iba á disparar su revólver contra el jefe enemigo.....

Afortunadamente el capitán mexicano Miñón, que había combatido valientemente á nuestro lado, desvió el arma, y acercándose á Régules:

—“¿Cuáles son las condiciones de la rendición? le preguntó en español.

—“Capitulación honrosa, contestó Régules.

“Esto era aceptable: nos constituimos prisioneros de guerra.”

Ya era tiempo. Apenas acababan de salir del recinto los prisioneros, cuando se hundió el techo de la iglesia, produciendo un estruendo pavoroso: gigantesca columna de humo obscureció el espacio, y al desprenderse de lo alto del templo, se vió como un torbellino de chispas y de brasas encendidas que caían sobre los cadáveres que poco después quedaron carbonizados.....

Reinó un silencio lúgubre!

Era la hora entre las diez y las once de la mañana. La victoria había coronado de laurel las sienes del general Régules.

El olor de la pólvora y de la sangre, el humo que saturaba el ambiente, el fragor del incendio, las pasiones que se exaltan siempre á la hora del triunfo, la gritería que por todas partes se alzaba, la ausencia de los vecinos de la ciudad que, encerrados en su hogar, dejaban desiertas las calles; todo hacía de aquella escena que pasaba en la plaza de Tacámbaro, un cuadro indescriptible, aterrador y siniestro.

En medio de él se presentaron los prisioneros belgas, conducidos por un batallón. A su vista la tropa prorrumpía en gritos amenazadores de venganza: algunos soldados cargaban sus fusiles; las sôldaderas gesticulaban con furor pidiendo la muerte de los que traidoramente habían asesinado á sus hombres. Los mismos jefes y oficiales no podían dominar su odio. Acaso habría sido imposible á Régules contener el tumulto.

Pero en aquellos instantes se presentó ante la muchedumbre la noble esposa del caudillo, llevando de la mano á sus hijos..... Todos callaron, y se oyó la voz tranquila y dulce de aquel ángel que dijo al general:

—Hijo, yo no quiero que les hagan nada á los belgas.

Y con esa facilidad que tienen las multitudes para cambiar sus sentimientos, y con esa generosidad propia del pueblo mexicano, apenas se escucharon aquellas santas palabras, cuando todos aclamaron perdón, lanzando vivas prolongados y entusiastas á Régules y á su esposa.

Los prisioneros estaban salvados!

Y sin embargo, hubo por nuestra parte un hecho injustificable. Antes de referirlo debemos recordar que el Dr. Lejeune, médico militar de la legión belga, había sido quien aconsejó la prisión de la esposa é hijos del general Régules, y que alguno de los mismos prisioneros le imputaba haber dado la orden de romper el fuego al estar izada la bandera blanca del parlamento.

Oigamos lo que acerca del episodio que estoy refiriendo, dice Mr. Loomans.

“Cosa extraña: en el momento de nuestra salida de la iglesia, se nos hizo formar en uno de los portales de la plaza; el Dr. Lejeune iba y venía entre nosotros y nos regalaba cigarritos. Estaba pálido y parecía *terriblemente inquieto*.”

Con referencia á un testigo presencial, agrega:

“Después, y cuando los belgas estábamos ya alojados y el doctor curaba á los heridos, alguien lo llamó afuera, á una calle lateral. En ese momento llegó el coronel Jesús Gómez, y frunciendo el ceño se dirigió al médico:

—“Doctor, le dijo, ¿cuál sería según la opinión de usted, la manera más expedita de matar á un hombre?”

“Lejeune cayó un instante y luego contestó:

—“Un tiro de revólver.

“Apenas había pronunciado estas palabras, cuando oímos una detonación y vimos caer á plomo al doctor. El coronel Gómez había puesto en ejecución la receta, y hecho pedazos el cráneo de Lejeune.

“Después de este acto de sumaria y fría ferocidad, Gómez se alejó.....

“Cuando recuerdo este lúgubre detalle, al mismo tiempo que los antecedentes que, se nos asegura, motivaron esta instantánea ejecución, no tengo corazón para hacer comentarios, y opto por correr el velo del olvido sobre esta aventura.....”

El hecho aparece en efecto infame. Bueno será, sin embargo, decir que Jesús Gómez tenía la desgracia de embriagarse, y que su beodez, como la que lo embargaba en aquel día, era completa y lo trastornaba hasta la locura, motivo por que no tenía colocación fija en el ejército. Cuantos lo conocieron podrán ratificar este informe y afirmar, como yo lo hago, que

Gómez era patriota en la extensión de la palabra, valiente y sufrido, y que cuando estaba en su juicio era generoso y atento en sumo grado. En aquella época siempre acompañó á nuestras tropas, sirviendo en cuanto se le ocupaba y peleando á la hora del combate como bueno. Jesús Gómez fué el último de los republicanos muertos en el sitio de Querétaro á la hora en que se tomó la plaza.

¿No podrán estas líneas atenuar, al menos, el asesinato del Dr. Lejeune cometido por Jesús Gómez?

Al comenzar la tarde de aquel día llegaron á Tacámbaro los generales Arteaga y Riva Palacio. Era en los momentos en que Régules mandaba repartir un día de haber á los jefes, oficiales y tropa de su División. Hacía muchos días que no habían recibido sueldo. El general Arteaga ordenó que aquella suma fuese entregada á los prisioneros. Los vencedores no tuvieron ese día más que la *troncha* de costumbre. La comieron sin exhalar una queja.

Mientras estos acontecimientos pasaban, los vecinos de la ciudad espontáneamente levantaron los cadáveres para darles sepultura. Nuestras pérdidas fueron inmensas: los belgas por su parte vieron morir á muchos de los suyos, entre los cuales estaba el joven capitán Chazal, hijo del ministro de guerra en Bélgica.

El general Arteaga dispuso que los prisioneros fuesen conducidos á Huetamo, en donde podrían ser más fácilmente vigilados. El caballeroso y valiente coronel Trinidad Villagómez fué el encargado de escoltarlos.

Antes de terminar estas líneas, debo decir que entre los prisioneros belgas había varios heridos de gravedad, los cuales suplicaron al General en Jefe que no se les enviase al lado de los demás, por el temor de que el largo camino, lo in-

salubre del clima y la falta de elementos para su curación, agravasen sus males. Así lo acordó Arteaga, y ellos espontáneamente subscribieron una protesta que publicó entonces "La República," periódico Oficial del Cuartel General del Ejército del Centro. Aquel documento estaba concebido en los siguientes términos:

"Los que subscribimos, encontrándonos heridos en esta plaza, por resultado de la acción de armas verificada en la mañana de hoy, y aceptando el ofrecimiento que el Ciudadano General en Jefe del Ejército republicano del Centro nos ha hecho, de que permaneciésemos en esta plaza por consideración á nuestro estado, por no poder caminar, y á las leyes de la guerra, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor á permanecer en esta plaza, y nos constituimos prisioneros de guerra del mismo ciudadano General en Jefe, sin que podamos abandonar la plaza ó hacer armas contra el ejército de la República, aun cuando sea invadida por tropas enemigas del mismo Ejército.

"En particular, el mayor comandante de la fuerza belga que se hallaba en la plaza, antes del referido hecho de armas, se obliga y compromete bajo su palabra de honor, á que los cuatro soldados que se le han concedido estén á su servicio para asistirlo en su curación, permanezcan también en la plaza en calidad de prisioneros y sujetos á las mismas obligaciones que los demás heridos belgas que subscribimos, firmando ellos también esta protesta.

"Declaramos también que esta protesta la subscribimos sin coacción de ninguna especie, y sólo por la manifestación que nos ha hecho el ciudadano General, Jefe del Ejército republicano del Centro, de que sabe respetar las leyes de la humanidad y del derecho de gentes. Es dado en Tacámbaro de Codallos, á 11 de Abril de 1865.—Mayor, Tydgat.—Capitán, Sherimajeur.—Teniente, Carlot.—Soldados, Shvos, Pierre.—Soldado, Corthout.—Sargento, Delange.—Soldado, Briast.—Soldado, Peters.—Soldado, Spendress Joseph.—Soldado, Frevens Frederic.—Clarín, Desmit.—Caporal, Kalles.—Soldado, Ziffars.—Soldado, Jik.—Soldado, Kolback.—Soldado, Deyfin.—Soldado, Melker.—Soldado, Evrard.—Caporal, Van Ophyps.—Gorard, caporal tambour."

A pesar de esta protesta y sobre su palabra de honor, el mayor Tydgar y sus veinte compañeros se fugaron de Tacámbaro, incorporándose á la fuerza de De Potier, cuando este jefe, dos días después de los sucesos que acabo de referir, ocupó aquella plaza. Tydgar falleció á poco, á consecuencia de sus heridas.

CAPITULO XXVI.

(1865)

Ocupación de Zitácuaro por los imperialistas.—Atentados, ruina y miseria.—El incendio.—Nueva expedición de Régules.—La tropa envenenada.—Amagos á la plaza de Uruapan.—Acción del puente de San Isidro.—El ejército republicano en Quiroga.—Agentes de Arteaga en Morelia.—Conducta noble del prefecto del Moral.—Tropelías de Ugalde en Zitácuaro.—Pueblita marcha á reducirlo al orden.—Enemistad de Arteaga y Salazar.—De Potier en Quiroga.—Multa impuesta á los vecinos de esta villa.—Destierro de una señora.—Regreso de De Potier á Morelia.—Los tres hermanos González.—Prisión de señoras.—Infamia del jefe francés.—Protesta de del Moral.—Renuncia por tercera vez.—Trabajos fructuosos de los agentes de Arteaga.—Ugalde derrota á Clary.—Función de armas entre Pueblita y De Potier.—Depredaciones de este jefe en el Departamento de Zitácuaro.—Pueblita ataca el Valle de Santiago.—Acción de Tingüindín.—Cuarta y última renuncia de del Moral.

Queda dicho que la legión belga salió de México para Michoacán, dividida en dos fracciones, una de las cuales había marchado á Zitácuaro, á donde llegó el 20 de Marzo, reuniéndose allí con la sección del coronel Méndez que regresaba del Valle de Bravos. Ambas fuerzas formaron la guarnición de la ciudad.

Belgas y *mexicanos* vivían en constante alarma, porque las pequeñas partidas de chinacos se acercaban todos los días á tirotearlos, siendo impotentes los imperialistas para apoderarse de un solo guerrillero. Juzgaron, no sin acierto, que los habitantes de los pueblos y ranchos circunvecihos estaban en connivencia con ellos. Entonces la guarnición adoptó el sistema de desprender columnas ligeras para que cayesen inopinadamente á las aldeas y fincas de campo, las incendia-